

siglos décimo-sétimo y décimo-octavo, una confederacion de reyes que muevan una guerra universal. Los Hohenzollerns en el Rhin por el rey de Prusia; los Hohenzollerns en el Danubio por el príncipe Carlos; los Hohenzollerns en el Tajo por el príncipe Leopoldo; un aliado incierto en los Alpes por la cuestion de Roma y la cuestion de Niza y Saboya; príncipes alemanes sobre el trono del pequeño Portugal, y príncipes alemanes sobre el trono de

la inmensa Rusia; dos secretos indescifrables, la política de esta gran potencia y la política de los Estados Unidos respecto á Europa; el Austria deshecha; las razas eslavas agitadas como las olas de un mar inexplorado; la cuestion de Oriente tomando siempre espejismo de color de sangre, este espectáculo puede poner miedo en los corazones más fuertes, y el Emperador Napoleon tiembla. ¿Quién no temblaría en su lugar?

CAPITULO XXVIII.

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA.

La mayor de las calamidades que podía sobrevenirnos, ¡ah! nos ha sobrevenido, la guerra. Yo, cuando la contemplo, cuando veo las feraces, las cultas riberas del Rhin, donde el trabajo ha amontonado tantas maravillas, donde la conciencia humana ha hecho tantos milagros, aquellas riberas que resonaron con los primeros crugidos de la Imprenta, y los primeros clamores de la Reforma; cuando las veo taladas, incendiadas, cubiertas con montones de cadáveres sobre los cuales aletean y graznan bandadas de cuervos, maldigo la guerra, y tiemblo por la suerte de la civilizacion europea, próxima á perderse en océanos de sangre.

El cielo debe ser implacable para nosotros; cuando poseedores de la idea del derecho y la justicia, sabiendo que todos los pueblos son uno por el espíritu y todos trabajan y cooperan juntos á la civilizacion universal, vamos á degollarnos despiadadamente, en lo cual sólo nosotros perderemos y ganarán sólo nuestros tiranos. Si es verdad, que los gabinetes europeos se han opuesto á la República en Espa-

ña; si es verdad que han preferido la regencia híbrida al gobierno del pueblo por el pueblo; si es verdad, que el miedo á la revolucion universal los ha cegado hasta aconsejarles esa política de suicidio, están castigados bien duramente; por evitar una revolucion incierta, tienen una guerra segura.

Y las clases conservadoras que tanto se han espantado siempre de la justicia y del derecho; las clases conservadoras que han opuesto á las nobles aspiraciones del pueblo, el plomo y la pólvora; las clases conservadoras que han temido la transformacion social, la necesaria exaltacion del trabajo, entregadas ahora á los imperios militares, verán sus propiedades perdidas, sus intereses aniquilados, en justo castigo de ese impenitente espíritu reaccionario, que sólo puede contener la ruina del mundo y la muerte moral de la conciencia.

Peró la embriaguez guerrera es antigua. Las fortalezas erizan sus cañones. Los gobiernos cuentan sus ejércitos. Las máquinas guerreras ensayan el medio de difundir el aliento de la muerte en esos aires donde el soplo de Dios

difundiera el oxígeno de la vida. Los trabajadores dejan su hoz y su trillo, la era cubierta de espigas que prometían el pan del año para alimentar á tantos hambrientos, dejan el ministerio divino del trabajo y empuñan un fusil, que amontone pútridos cadáveres, los cuales en venganza derramarán de sus restos corrompidos para los que sobrevivan, el horrible veneno de la peste. Para un mundo tan bárbaro no debían las pobres mujeres parir sus hijos. Más valiera que los ahogaran en sus entrañas. Mejor sepulcro es el vientre de una madre que la tierra estéril de un campo de batalla. ¡Y un millón de hombres va á morir! Todo, ¡Maldición! todo por un rey, por el rey español, que siempre he creído nuncio de calamidades sin cuento para el mundo.

A fines de Abril de mil ochocientos setenta, escribía yo estas palabras á América que copio de los mismos periódicos, á mí enviados. Describía los males de la interinidad española, y luego trazaba estas frases: «Y todos estos males provienen de que la revolucion ha desmentido su origen, y se ha negado á forma republicana. Habiendo decretado la monarquía, como pudiera decretarla en una escuela, y no contando con ningun monarca, se encuentra hoy sin solucion alguna posible. La constitucion se dió hace mucho tiempo, las leyes orgánicas se acababan hoy. Somos una monarquía. ¿Dónde está el monarca? Las inteligencias se entregan á los mayores desvaríos. Unos dicen que vendría el Conde de Eu, vencedor hoy en el Brasil. Otros que la hija mayor del Duque de Alba secasará con un alemán, con Hohenlohe (príncipe bávaro), y que este alemán vendría á sentarse sobre nuestro ruinoso trono. Alargunos que la diplomacia española trabaja por alcanzar un príncipe prusiano, y que sabido esto por el Emperador Napoleon III, ha llamado á nuestro embajador, le ha reconvenido gravemente, y le ha dicho que tal resolucion sería un casus belli, el principio de la guerra universal. Así es que la incertidum-

bre crece, los males de la interinidad se agravan, el capital se resiente, el trabajo descende, y hay un grande y público marasmo.»

«De todo esto tiene culpa muy principal, acaso la culpa primera, el único hombre sobre quien recae la responsabilidad de esta situacion, el presidente del Consejo de ministros. Yo no comprendo una inclinacion que hay en su voluntad; la inclinacion á fiarlo todo de la ventura y del acaso.»

«El error eterno del general Prim consiste en confundir la política con la guerra, las Asambleas con los campamentos. En las Asambleas los ejércitos preguntan á los que quieren ser sus guías, lo siguiente:—«General, ¿dónde vamos?»—Eso no puede estar secreto, eso no debe estar secreto, eso hay que decirselo al club, al colegio electoral, á la nacion, á los partidos, á la Asamblea.»

«Yo he preguntado al partido hoy gobernante: ¿Qué rey teneis? ¿Qué solucion deseais? No me responden, no pueden responderme. La Constituyente se acaba, el tiempo les pisa los talones, y no tienen solucion. Decidme si un partido así no es una verdadera incógnita, y si esa inmensa incógnita no encierra un profundísimo abismo.»

Empeño desvariado en verdad, el empeño de traernos un rey á España contra todo el espíritu de la opinion y contra toda la corriente de los hechos. El antiguo rey, el príncipe de la casa borbónica en ninguna manera podía ser restaurado porque hubiera herido en el alma á la revolucion de Setiembre. Un rey español no podía ser erigido porque entre nosotros se acabaron las estirpes régias; y el sentimiento de igualdad, innato á nuestra raza, contrariaba el que una familia de ciudadanos, siquier fuese ilustre, se transformara en una familia de príncipes. La dinastía extranjera era el delirio de los delirios. El

sentimiento de independencia arraiga fuertemente en nuestros corazones, y vulnerado, toma toda la exaltacion del fanatismo. Podrían las Cortes, el Gobierno, el Estado, el ejército imponer un rey á la nacion sorprendida; pero no podían perpetuarlo: que nada grande, nada duradero se perpetúa contra los sentimientos de un pueblo.

Luego nosotros no somos ni Rumanía ni Grecia. Aunque decaída, la nacion española conserva vigoroso poder dentro de sí, é inmensa importancia en el mundo. Y no podía ser indiferente que una de las dinastías reinantes uniese á su influencia propia y á su propio poder la influencia y el poder de España. Por consiguiente la cuestion española no podía ménos de ser una cuestion verdaderamente internacional. En el extranjero, en la emigracion, cuando se trataba por los principales conspiradores de buscar á toda costa un rey, le decía yo en carta al general Prim los inconvenientes de todos los candidatos y la imposibilidad de encontrar uno aceptable sin conmovier y agitar profundamente á Europa. «Mientras Napoleon esté en el trono, le decía yo con fecha del veintinueve de Setiembre de mil ochocientos sesenta y seis, no hay que creer ni que esperar en ninguna candidatura italiana. ¿Quién respondería á Thiers cuando les preguntase cómo habían dejado que tomaran el Pirineo los dueños de los Alpes? De candidatura alemana tampoco hay que hablar. ¿Sería austriaca? Pues se opondría Prusia, y quizá Francia. ¿Sería prusiana? Pues se opondría Francia y quizá Austria. El Duque de Montpensier es, como decíamos en las escuelas, un imposible físico, metafísico y moral, por francés, por Borbon, por marido de la Infanta, por cuñado de la Reina, por conspirador y revolucionario. Un príncipe inglés no probaría tampoco, primero por la enemiga de Francia, y despues por su religion protestante. De suerte que en vez de andar en aventuras diplomáticas buscando rey, resignese V., amigo mio, á implorar una

B.

modesta República, en la seguridad de encontrar en ella las garantías deseables de orden y de libertad.»

Bien pronto encontró el general Prim la confirmacion de todos mis asertos. El respetable anciano D. Joaquin Aguirre, atravesó aquel año en la estacion más rigurosa el Monte Genis para bajar á Florencia, ofrecer la corona de la España futura, y pedir en cambio algun auxilio á la revolucion. Los hombres de Estado de Italia le desahucieron por completo. Dijéronle, en cuanto á los auxilios, que era imposible sacarlos de los presupuestos por la extrema publicidad y las rigurosas cuentas que allí se usan; é imposible sacarlos de la Casa Real por las deudas y la ruina del Rey. Dijéronle respecto al candidato, que nada les importaba el mayor ó menor lucimiento de la antigua casa de Saboya. Republicanos de sentimiento, republicanos de educacion, habían adoptado y servido al Rey, porque en el estado de Europa, el Rey representaba la unidad y la independencia de Italia. Pero les era de todo punto indiferente que los príncipes de Saboya ocuparan el trono de España.

Le dijeron todo esto, y le ocultaron la principal de las razones, la oposicion de Bonaparte. Ciegos se empeñaron luego en traer otro príncipe, el príncipe Tomás. Era necesario ver la seguridad con que lo anunciaban para comprender tamaña ceguera. En vano le dije yo en las Cortes al General Prim que el príncipe Tomás de Saboya no vendría al Trono de España. El General Prim afirmó que vendría. Y no vino. Cuando la candidatura se urdía, una carta de la princesa su madre, una declaracion clara de su padrastró lo deshicieron todo y no veían nuestros políticos tras aquellas intrigas, dibujarse la pálida y siniestra faz de Napoleon III.

El error de los errores consistió en pensar que la candidatura prusiana, la candidatura más repugnante á Francia, no suscitaría dificultades gravísimas, no traería como consecuen-

cia inmediata la guerra universal. Una Alemania apoyada en España resucitaba el antiguo Imperio de Carlos V al revés; porque aquel Imperio era una España apoyada en Alemania. Y como suscitaba este mónstruo, que por espacio de dos siglos, tuvo en guerra constante á Europa, debió sembrar la guerra en aquel

momento extraordinario y supremo. ¡Ah! Gobernándonos á nosotros mismos en modesta República hubiéramos alcanzado gloria y provecho; trayendo una dinastía extranjera, dimos primero un pretexto á la guerra internacional en Europa; y un motivo á la guerra civil en España.

CAPITULO XXIX.

LA DECLARACION DE GUERRA.

El día de la llegada del Sr. Salazar y Mazarredo á Madrid, el general Prim no se encontraba en la capital, y corría de caza por las toledanas cordilleras. En realidad el envío de semejante embajador se explicaba más por una razón de táctica parlamentaria que por una razón de ideal político. Prim, temeroso de que le atribuyeran aspiraciones de presidencia á la República ó de dictadura militar, creía sostener en torno suyo á los partidos conservadores, mostrándoles que uno de sus más influyentes diputados tenía el encargo preciso, determinado, concreto, de buscar un rey nada ménos que por las nebulosas regiones de Alemania. Así no es maravilla que conseguido este fin capital de su inhábil manobra no se curase gran cosa del efecto horrible que pudiera producir en el extranjero.

Pero jugaba con fuego. Su propósito era no hablar de la candidatura, no anunciarla oficialmente hasta conseguir el asentimiento de Napoleón III. No queriendo fiar al papel, ni ménos tratar por comisario cosa de tal importancia, se disponía á ir á las aguas de Vichy,

y al paso, contar á Napoleón lo sucedido y moverle á consentir en la exaltación del príncipe alemán. Si no le persuadía, encontraba ya un nuevo pretexto para rehuir la fundación de la monarquía y burlar las esperanzas de los conservadores.

Mas el Sr. Salazar y Mazarredo, no encontrando á Prim en Madrid, se dirige al regente, á los demás ministros, y les notifica el suceso. La noticia se divulga con la celeridad del rayo. En Madrid no se oye hablar de otra cosa que del nuevo príncipe y de la nueva candidatura. Prim recibe un telégrama en su cacería, que le anuncia la agitación general, y queda pasmado, fuera de sí, al ver la rápida divulgación de su secreto. Vuelve de prisa, pero al volver, se encuentra con que todos los ministros se han ya enterado del proyecto, y todos han convenido en aceptarlo. Mientras tanto, la noticia llega á las Tullerías, no sólo por conducto de la Embajada de Francia en Madrid, sino por conducto de una princesa alemana, pariente á un tiempo del príncipe candidato y del Emperador Napoleón.

Sorprendido pues el secreto del general Prim, secreto formidable, el ministro de Negocios extranjeros y el ministro de Justicia fueron á las Cámaras francesas á declarar que no consentirían el advenimiento del príncipe Leopoldo, considerado como un *casus belli* para el honor de Francia. El advenimiento del príncipe se había convenido, la autorizacion del rey alcanzado, y hasta el consejo de Bismark interpuesto con su poderosa decision. La casa de Brandeburgo, á que el rey de Prusia y el príncipe Leopoldo pertenecen, siempre ha creído hallarse destinada por la Providencia á reemplazar á la casa de Austria, representando su predominio en Alemania, su poder sobre las razas eslavas y latinas, su presidencia de la Europa central, su dilatada soberanía. Una familia que acaricia estos ensueños de antigua gloria monárquica, encuentra súbitamente en su camino la corona de Carlos V, aquella corona que llevó engarzado el sol, y que ató al carro de los Césares modernos con argollas de oro el viejo y el nuevo mundo.

Se necesita ser príncipe, educado en esas alturas, y príncipe alemán, para comprender cómo había de halagar á su fantasía el presidir al pueblo que trabajó con los grandes navegantes, que sintió con el corazón de Santa Teresa, que pintó con el pincel de Murillo y de Velazquez, que cantó con la lira de Lope y Calderon, que pensó con la inteligencia de Alonso X y Luis Vives, que escribió con la pluma de Cervantes, que reinó con la autoridad de Carlos V é Isabel la Católica, que venció con la espada de Córdoba y de Leiva, que tuvo por tributarias cien naciones, que contó entre sus vencidos á Francisco I y entre sus héroes á Hernán-Cortés, que fué un gigante estrechando en sus brazos los mares, tocando por Oriente hasta la India de Alejandro y por Occidente á tierras desconocidas é ignoradas que parecían salir á sus conjuros de lo misterioso, de lo infinito, del seno de una nueva creacion,

tan solo para dilatar la majestad de su Imperio.

Y mientras en las cabezas de los príncipes, por tales ideas exaltadas, bullian estos ensueños, gozabase Bismark indudablemente en procurar nuevas humillaciones á su rival, á Francia. Pero esta humillacion sobrepujaba todos los límites. Desde la batalla de Marignan hasta la batalla de Villaviciosa y de Almansa, Francia ha proseguido el pensamiento de no consentir una Alemania apoyada en España, ni una España apoyada en Alemania, como en tiempo de los Austrias; y ahora renace ese inmenso gigante en el Rhin y en el Pirineo, para anular á la nacion francesa que se cree como el centro hácia el cual gravitan todas las naciones europeas.

A esta causa universal de disgusto se unia una larga série de causas ocasionales; y sobre todo el secreto, ese funesto secreto, que al general Prim agradaba, y que es de todo punto incompatible con las instituciones modernas. En cuanto las naciones vieron que el príncipe Leopoldo podía ser causa de guerra, le rodearon. El embajador de España en París le pidió indirectamente la renuncia. El de Inglaterra en Prusia insistió para obtener tal resultado. Su hermano el príncipe Carlos de Rumanía, temió un destronamiento, y reclamó, como una prenda de cariño, ese acto de abnegacion. El príncipe renunció. Su padre comunicó la renuncia al Sr. Olózaga en París, y al general Prim en Madrid. Todo parecia salvado. La paz estaba hecha. Aquella renuncia alejaba de nosotros el azote de la guerra.

Tan cierto es cuanto digo, que Emilio Ollivier se presentó en el Cuerpo Legislativo con el ramo de oliva en las manos. Lijero por temperamento, gárrulo, poco acostumbrado á la gravedad propia de los consumados estadistas, anunció en los pasillos, que tenia el telégrama de la renuncia y que por este telégrama la paz continental se había salvado. Todo el mundo sabe cómo es-

tos hechos pueden influir en la Bolsa. Todo el mundo sabe cómo los más desenfrenados apetitos piden á la especulacion fortunas improvisadas y fabulosas que seria inútil esperar del trabajo y del ahorro. En cuanto dijo estas palabras Ollivier en los pasillos se lanzaron los especuladores á la Bolsa y se dieron á comprar papel. En pocos instantes el papel francés subia de una manera fabulosa.

Desde los abismos se elevaba en pocos minutos á las nubes. Pero ¡ah! era aquella una ruina. Mientras Ollivier lijeramente anunciaba la paz, el partido militar le circuia, le

asediaba y obtenia la guerra. Los que á las tres de la tarde habían comprado á precio alzado, á las cinco de la tarde estaban arruinados. Hé ahí la suerte de los pueblos que enagenan su voluntad y su conciencia en manos de un César. Hé ahí la suerte de Francia, de la nacion que creia regir al mundo, regida por los caprichos de un hombre. En el fondo de este abismo puede perderse hasta la civilizacion europea. Estamos á merced de cuatro bravos que arrastran sus sables por las antecámaras de los reyes.